

Booth, Alan, *Teaching history at University. Enhancing learning and understanding*, Londres, Routledge, 2003. VI+202 pp. ISBN: 0415305365.

1. Introduction (1-13); 2. Learning History for Understanding (14-29); 3. History Learning from the Student Perspective (30-49); 4. Approaches to teaching history (50-66); 5. Creating a Context for Learning (67-86); 6. Strategies for active learning in the history classroom (87-109); 7. Promoting independence in learning (110-127); 8. Assessing for understanding (128-147); 9. Developing understanding of teaching (149-171).

No parece que haya grandes discrepancias en torno al paulatino proceso de conversión de la Universidad hacia pautas empresariales, con una primacía de la gestión, la productividad y los resultados sobre la creación o la interacción. El libro analizado, al menos, parte de esa constatación cuya justificación última radica en la necesidad de rentabilidad profesional del esfuerzo realizado por parte de los alumnos y hacia el que cada vez más convergen las estructuras universitarias. Tal vez ahí también esté uno de los orígenes del rechazo cada vez más masivo de las disciplinas de letras y, especialmente, de la Historia. Junto a esta situación, hay que añadir la presencia de alumnos procedentes de otras disciplinas que escogen asignaturas de historia como complemento y, por tanto, sin una base de conocimientos históricos; la creciente diversidad social y cultural de la que proceden nuestros alumnos; la diversidad de enfoques metodológicos que hace difícil determinar qué es imprescindible en la formación de los futuros historiadores; o, finalmente, el proceso de integración de enseñanzas en el conjunto de Europa, que tiende a vincular contenidos y métodos para facilitar el intercambio de alumnos. En esta situación parece evidente que el esfuerzo pedagógico ha de avanzar algo más allá de lo que ha sido habitual, cuando la Universidad como institución primaba la investigación por encima de cualquier otro aspecto. Es aquí donde se inserta el libro comentado, en la voluntad de mejorar la docencia o, al menos, en la necesidad de prestarle mayor atención. En este sentido, estamos ante un libro práctico, un libro de "autoayuda" para profesores universitarios de historia, pero no realizado por profesionales de otras áreas, sino por un historiador, lo que garantiza conocimiento de la docencia, pero también de los contenidos y particularidades de lo enseñado.

Un elemento clave que tal vez ha sido dejado de lado es el de que "[s]cholarship is at the heart of historians' sense of professional identity. It confers status and respect, and constitutes the key determinant of career progression" (149). Y sin embargo, la mencionada primacía de la investigación o incluso la gestión sobre la docencia han arrinconado a ésta y, de hecho, es difícil encontrar estudios, análisis o reflexiones hechas por

[*Memoria y Civilización (MyC)*, 8, 2005, 259-336]

historiadores acerca de estas cuestiones, en buena medida porque su repercusión en el reconocimiento de méritos ha sido limitada. En último término, se trataría de conocer el propio trabajo profesional, ser consciente de los valores, estrategias y sobre-entendidos subyacentes a las prácticas docentes como vía para su mejora.

La base de la propuesta de Alan Booth es una visión de la enseñanza como un proceso crítico, reflexivo e imaginativo. Se trata de comprender para conocer y ello requiere un juego completo de emociones, conocimientos y capacidades con los que construir explicaciones complejas. No se trata sólo de transmitir información, sino de implicar emocionalmente, de motivar a los alumnos y hacerles participar en el proceso de aprendizaje. En último término se trata de “use information about students’ understandings, and misunderstandings in order to create conditions that help them connect their experience, interests and values to key course-learning goals” (11). Tal vez uno de los elementos distintivos de la disciplina es menos la recogida de información que la interacción de conocimientos y capacidades para acercarse a la compleja tarea de la historia. Esto implica, a su vez, la necesaria percepción del carácter construido del conocimiento histórico y su provisionalidad. Con ello, se construiría una enseñanza de la historia apoyada en un análisis y reflexión crítica y en un compromiso imaginativo: “A history education might be regarded, therefore, as a means of lifelong personal development and emancipation as well as a fascinating experience in itself” (27).

Sin embargo, no sólo ha de contemplarse un lado del proceso, sino tener muy en cuenta que no hay un grupo de alumnos igual a otro y, por tanto, nunca habrá dos clases iguales. Ante la creciente diversidad de orígenes de nuestros alumnos, se hace muy necesaria la reflexión en torno a las necesidades que plantea su diversidad. Es preciso tener en cuenta, además, el contexto de aprendizaje, concretamente la cultura del departamento o grupo temático en el que la enseñanza se desarrolla. La responsabilidad de aprender e incluso muchos aspectos de su desarrollo conciernen al propio alumno, aunque “teachers play an indispensable role: organizing and managing the curriculum, offering guidance in locating information, modelling historical thinking and responding flexibly to changing student needs. Moreover, a teacher’s own love of the subject can powerfully influence student levels of motivation” (50). Una conclusión de ello es la necesidad de una interacción constante entre alumnos y profesores, habla el autor incluso de trabajo cooperativo y de personalización de la enseñanza, para todo lo cual se hace imprescindible el mejor conocimiento posible de los alumnos, del propio profesor y su contexto y del contenido, organización y medios docentes con los que afrontar cada materia. Además, señala como principio de gran utilidad el de que cada alumno actúe en

libertad aunque siempre con la colaboración en el asesoramiento de los profesores. En definitiva, se trataría de que cada estudiante desarrolle autonomamente su capacidad de acercamiento al pasado, haciéndole capaz de desenvolverse con soltura en el manejo de documentación y gestionando por sí mismo —aunque con la ayuda oportuna y de forma integrada— su proceso de formación.

Se crearía así un aprendizaje activo, comprometido, creador y dialogante. El problema habitual es el de garantizar la participación del alumno en clase. Para ello aporta algunas sugerencias de procedimiento a partir de las cuales favorecer esa cooperación por la que aboga. Una duda que aparece, desde una perspectiva como la española, es la efectividad de estas técnicas de intervención, sobre todo cuando existe un dirigismo muy claro en la descripción de los contenidos y una carga docente muy elevada. Dadas las perspectivas que se avecinan ¿será factible llevar a la práctica las propuestas que sugiere Alan Booth? No hay duda de que resultan sugerentes (Prepared questions, truth statements; debates; sub-groups; case studies, simulations and role play; visuals; stories and autobiographies; counterfactuals; storyboards; games, puzzles and competitions; critical reading of primary and secondary sources, pp. 95-104), pero también es cierto que su puesta en práctica ha de requerir una considerable transformación de la mentalidad docente.

Una cuestión recurrente, llegados a este punto es la de la evaluación de los procesos previos, dado que, en último término, se trata de formar destrezas, desarrollar capacidades, adquirir conocimientos, pero también de preparar para la vida profesional. Todo lo anterior serviría de poco ante una evaluación poco realista, favorecedora del mínimo esfuerzo o escasamente motivadora. De ahí la necesidad de incentivar la imaginación del profesorado para tratar de vincular ese aprendizaje participativo, activo y comprensivo, con una evaluación a la altura. Sugiere para ello el autor algunas vías, aunque la recomendación final es la de diversificar lo más posible los elementos que se tiene en cuenta. Además, evidentemente, el profesor debe someter su propio trabajo al escrutinio constante por parte de los alumnos, lo que refuerza el sentido cooperativo que el autor indica a lo largo de todo el libro.

No son tiempos fáciles para la enseñanza de la Historia, en un contexto social marcadamente reticente a profesiones a las que no se encuentra una utilidad evidente. Sin embargo, el proceso de recuperación habrá de pasar por una mejor preparación de los futuros historiadores, y ello requerirá de los docentes mejor formación y mayor conciencia de sus capacidades y requerimientos. En definitiva, un nuevo elemento en el marco de una Universidad que cambia a pasos agigantados tras la realidad social.

Además de esta obra, Alan Booth, profesor de la School of History de la Universidad de Nottingham en el Reino Unido, ha editado *History in higher education: new directions in teaching and learning* (1996) y *The practice of University history teaching* (2000), ambas con

Paul Hyland; y *Enhancing teaching effectiveness in the humanities and social sciences* (1997), con Jeanne Booth.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Woolf, Daniel, *The Social Circulation of the Past. English Historical Culture (1500-1730)*, Oxford, Oxford University Press, 2003, 421 pp. ISBN: 0-19-925778-7.

Part I. The past and the present. 1. Consciousness of change. 2. Old and new. Part II. The ancestral past. 3. The cultivation of heredity. 4. The genealogical imagination. Part III. The tangible past. 5. Varieties of antiquarianism. 6. Seeing the past. 7. The archaeological economy. Part IV. The past remembered. 8. Ways of remembering. 9. Popular beliefs about the past. 10. Oral tradition. Conclusión.

Si nos preguntamos: ¿qué tienen en común los árboles genealógicos, la sensación de anacronismo, el gusto por las antigüedades, la idea de la existencia de un pasado remoto, las leyendas y tradiciones populares, las transformaciones que la escritura provoca en las culturas orales o la creencia de una comunidad nacional en una historia común? (algunos de los temas tratados en este libro), seguramente pensaremos que, poca cosa, salvo una vaga relación con el pasado. Sin embargo si, siguiendo al sociólogo A. Appadurai, tenemos en cuenta que “aunque en teoría somos nosotros quienes damos significado a las cosas, desde un punto de vista metodológico las cosas-en-movimiento iluminan su contexto social y humano”; entonces se entiende mejor el objetivo de un libro que pretende estudiar precisamente la “circulación social” del pasado.¹

En *The Social Circulation of the Past. English Historical Culture (1500-1730)* Daniel Woolf sigue la pista al discurso sobre el pasado en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII. En realidad Woolf no utiliza el término discurso, de origen francés, sino el de “cultura histórica”. Un concepto más acorde con la tradición de la historia social inglesa, más vinculada a la antropología social que a la lingüística. El propio Woolf retrotrae su interés por la cultura histórica británica a una conferencia de 1983 del historiador K. Thomas, discípulo del antropólogo Evans Pritchard. Desde entonces Woolf ha investigado la idea de la historia en el periodo de los Estuardo, las distintas formas de interés por el pasado (historia política, anticuarios, genealogías, folklore) y sus transmisores sociales (historiadores, anticuarios, bardos, mujeres). Recientemente ha publicado un trabajo sobre la recepción

¹ Arjun APPADURAI (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 5.